

das para formar los cimientos del Areopago, holladas por la planta de mil generaciones nuevas, serán reducidas á polvo... ningun vestigio quedará de todas esas obras del esfuerzo de tantas sucesiones de héroes y de sabios : pero miéntas tanto la obra por excelencia de ese Dios desconocido para ellos no habrá perdido ni la mas mínima de sus bellezas.

El Parthenon y el templo de Teseo estuvieron, ántes de la caída del imperio griego, consagrados al culto cristiano ; ambos conservan todavía restos de los frescos que les decoraron. El primero llevó el nombre de Santa María, y el segundo el de S. Jorge ; pero los sacerdotes que con sus divisiones y rivalidades acababan de perder Bizancio y con ella la gran basilica de Santa Sofia, dedicada desde su principio á Jesucristo, ménos pudieron conservar el Parthenon ni el templo de Teseo, que ocuparon con Aténas los islamitas. No son los cismáticos los que están llamados á permanecer hasta el fin de los tiempos, ni los que dividieron la unidad del principio religioso, acarreándose á sí mismos la disolución y la muerte, pueden dar vida á ninguna obra puesta bajo su inmediato influjo. Así vemos que la Iglesia de Occidente conservó intactos sus templos de Roma al frente de Atila y bajo el yugo de Alarico ; y miéntas la presencia venerable de su Pontífice bastó para salvar de la devastacion y del incendio los monumentos preciosos que encierra la ciudad eterna, la Iglesia de Oriente, invadida por los musulmanes, ni uno pudo preservar de la profanacion mahometana, no sirviendo la persona de sus obispos sino para atizar discordias que abrían el paso á los infieles mas que la pujanza misma de su poder. Pero aun mas : libertada la Grecia de la dominacion otomana, las bóvedas del templo de Teseo no han vuelto á resonar con el canto de la salmodia, y ni una sola piedra del Parthenon hemos visto movida por el celo de los sucesores de Focio, empeñados en repararlo para que vuelva á servir al culto de María. El primero es un museo donde se guardan las estatuas y los relieves que escaparon mejor de

la devastacion ; y la suntuosa obra de Pericles se conserva del mismo modo que la dejaron las bombas de los Venecianos y la artillería de los Turcos.

Las grandes columnas del templo de Júpiter Olimpo se ven en medio de un campo despoblado ; cerca de ellas bebian y dancaban reunidos una multitud de hombres y mujeres la primera vez que yo las visitaba, renovando las escenas repugnantes que sucedian allí mismo, cuando la sangre de animales coronados de rosas y laureles regaban el pavimento del altar, entre la bulliciosa algazara de un pueblo que buscaba la embriaguez y los placeres en los sacrificios mismos con que honraba la majestad de sus dioses. Pero estas ideas se me ofrecian mas vivas todavía cuando miraba el templo de Baco cavado en las rocas del Acrópolis : en esa caverna resonaron un dia los ecos voluptuosos de las bacantes, esos muros estuvieron cubiertos con figuras ofensivas al pudor, y sus alrededores de ese sitio fueron testigos de excesos de todo género, que el hombre en la ceguedad de su razon llegó á estimar como sacrificio agradable á Dios. En el fondo de la gruta, en el altar mismo de donde un lord inglés arrancó la estatua de Baco para venderla despues á peso de oro, está colocada hoy una imágen de María. Una humilde lamparita ardía colgada sobre el altar, y alumbraba á la mas pura entre las vírgenes en el sitio donde se realizaron los crímenes mas escandalosos que pudo cometer la insaciable brutalidad de las pasiones humanas.

Pero cuando se observan estos lugares que en su fisonomía, en su disposicion y en su figura misma parecen haber sido calculados para fomentar pasiones vergonzosas, la imaginacion se fija naturalmente en las analogías con que algunos individuos se empeñan por unir aquella época con la nuestra. No parecen tan culpables los que guiados por la luz opaca de una razon extraviada, sancionaron el culto de Baco con todas sus ritualidades voluptuosas, como los que á despecho de la antorcha clarísima de la revelacion quieren renovarlas

en medio de un siglo de luces y en el seno de las naciones mas civilizadas. ¿Qué fueron las ceremonias del culto de la Razon, sino un remedo de las festividades de Baco? ¿y qué son hoy mismo las monstruosas consecuencias del socialismo, sino la sancion de todas las abominaciones consagradas por el del discípulo de Sileno? Si la especie humana se siente humillada cuando considera que ha podido representar escenas tan vergonzosas como algunas de las que autorizaba el culto pagano, ¿no tendrá ménos razon para estarlo cuando tome el peso á las consecuencias de los sistemas viciosos que se empeña en propagar el socialismo de nuestros dias? Ambos están basados en un mismo principio, y sus consecuencias son tambien las mismas. Pero como aquella lámpara de la caverna del Acrópolis, existe aun en la conciencia de la sociedad el elemento religioso que muestra la espantosa deformidad de aquellos principios disolventes. Estos podrán existir en muchos individuos, del mismo modo que existieron en el paganismo, esto es, mientras vivió el hombre entregado á sí mismo; mas en el individuo en cuya alma vive la fe, su resplandor disipará las tinieblas de los vicios y de las pasiones que estos forman.



CAPÍTULO VI.

La cima del monte Himeto. — Santificacion de una fiesta. — Catedral de Atenas. — Nuevos vestigios de fanatismo. — Supersticion grosera autorizada por los ministros de la religion. — Ruinas de Corinto. — El golfo de Lepanto. — Las islas Jónicas. — Tolerancia. — El sepulcro de S. Spiridion. — Syra. — Recuerdo consagrado en Grecia á la Americana mas ilustre. — Ilusiones. — Las Cíclades. — ¿Qué hace el catolicismo en Grecia? — ¿Á quiénes se deben los primeros estudios de sus antigüedades?

Muy de mañana principiaba á subir el monte Himeto, desde donde me proponia reunir en un solo golpe de vista el cuadro de ruinas y desolacion que ya habia contemplado parcialmente. En efecto, desde su cima, la mas alta de la Grecia, descubrí lugares tan célebres como el Acrópolis de Corinto, el mar Égeo, el templo de Egina, Maratona, el golfo de Salamina, las llanuras de Ática, cortadas por la cadena del Pentélico, y á lo léjos la cumbre del Parnaso que se eleva sobre las demas montañas que lo rodean, del mismo modo que la sabiduría de las musas que lo habitaron se elevaba sobre la ciencia de todos los mortales en la imaginacion de los poetas. Pero al contemplar tantos lugares famosos en la historia y en la poesía, la imaginacion va siempre á parar al mismo punto; lo que fueron y lo que son: las grandes ciudades, los templos soberbios, la generacion de sabios, la sucesion de héroes, los ejércitos florecientes, la flota de dos mil embarcaciones, todo, todo ha desaparecido, y nada queda fuera de pueblos miserables que se levantan entre las rui-

